

CON EL SUDOR DE TU FRENTE.

Introducción. Uno de los primeros efectos que la humanidad vivió cuando se alejó de la relación de confianza y de obediencia con Dios, es la expulsión del paraíso, y el convertir el trabajo no en una realización gozosa, sino en una fatigosa forma de vida.

“Comerás el pan con sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste sacado; pues eres polvo y al polvo volverás”. Gn 3, 19.

Salir del paraíso es cómo el parto para un bebé. Salir del espacio de seguridad, de confort, donde la vida crece de forma espontánea, y enfrentarse a la hostilidad de un ambiente que se vuelve desconocido agresivo, que hay que domesticar. La vida se vuelve carga pesada, fuente de nuestros esfuerzos, pero si volvemos a recuperar la cercanía de nuestro Dios podemos convertir nuestras tareas diarias en nuestra mejor forma de disfrutar, de realizarnos, de convertir las responsabilidades en un juego.

Cuando miramos a los niños en un parque infantil la primera sensación que nos transmiten es de diversión, de ausencia total de gravedad o de exigencia. Viven para jugar, para disfrutar, para reírse, para comunicarse. Los adultos perdemos ese grado de espontaneidad. Las obligaciones, los horarios, las eficacias, los negocios cambian nuestra percepción del tiempo. Si lo propio de jugar es que estamos tan inmersos en lo que hacemos que olvidamos el paso del tiempo. El trabajo nos hace esclavos de la productividad, pendientes del reloj, buscando optimizar, rendir y lograr los objetivos.

Lo que Dios nos dice. “En aquel tiempo los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron: ¿Quién es el más grande en el reino de Dios? Él llamó a un niño, lo colocó en medio de ellos y dijo: Os aseguro que si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de Dios. Quien se humille como este niño, es el más grande en el reino de Dios. Y el que acoga a uno de estos niños en atención a mí, a mí me acoge. Pero a quien escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al fondo del mar.” Mt 18,1-6.

Qué nos está diciendo Jesús con esta cita. Volver a ser niños tiene que ver con recuperar el espíritu del niño. El que voluntariamente desea hacer de la vida un juego, una sorpresa, una aventura. El niño que no quiere dejarse encorsetar por horarios, obligaciones, exigencias. Un niño ve la realidad en clave de juego. Una piedra, una caja de cartón, un palo se convierte en una posibilidad. Y los otros se vuelven cómplices, compañeros de juegos y de bromas.

Soy consciente que nuestra vida de adultos trae asociado de forma irrenunciable la responsabilidad, el compromiso, el llevar a sus espaldas las funciones de educadores, de acompañantes, de profesionales. Lo que no está en ningún sitio definido es que la responsabilidad este asociada al agobio, y a la histeria. El trabajo se puede volver descanso cuando somos conscientes de nuestra condición de colaboradores en el sueño de Dios. Ser co-creadores con el Creador. Trabajar es culminar lo que empezó Dios en su maravillosa obra creadora. Él nos dio la tierra, la materia prima, y le pide al ser humano que la organice, que la ordene, que la disfrute.

“Y los bendijo Dios y les dijo: Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la faz de la tierra; y todos los árboles frutales que engendran semilla os servirán de alimento; y a todos los animales de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra --a todo ser que respira--, la hierba verde les servirá de alimento. Y así fue. Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno.” Gn 1,26-31.

Con el juego también se suda, y en un concierto, y corriendo, y bailando. El problema es con que espíritu generamos el sudor. Con el espíritu de hijos, o con el espíritu de esclavos. Dios nos ve como a sus colaboradores, y confía tanto en nosotros que nos regala lo que más ama. A obra de sus manos, a sus propios hijos.

“Cuantos se dejan llevar del Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y no habéis recibido un espíritu de esclavos, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos permite clamar Abba, Padre. El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios, coherederos con el Mesías; si compartimos su pasión, compartiremos su gloria. Estimo que los sufrimientos del presente no tienen proporción con la gloria que se ha de revelar en nosotros. La humanidad aguarda expectante a que se revelen los hijos de Dios.” Rom 8,14-19.

Somos herederos de la casa común, la habitamos juntos, y el trabajo se convierte en la oportunidad de cuidarla y de activar nuestra parte creativa. Los niños son un volcán de ideas. Dejan volar la imaginación, y no ponen límites a la hora de soñar. Los adultos con el paso del tiempo vamos reduciendo la capacidad de soñar. Y es la falta de juego, de encuentro novedoso con el otro, de lo lúdico, de lo gratuito, lo que nos va agriando el carácter, y nos va acartonando el alma.

Cómo podemos vivirlo. Nos cuesta mucho escuchar las narraciones y las historias de los demás. Al niño le apasiona que le cuenten historias y cuentos. Se lo piden a sus papás y a sus abuelos. Porque introducirse en la historia del otro es la forma de viajar con él a mundos insospechados. Los adultos nos aburrimos de escuchar a los demás. Las conversaciones o son útiles, productivas, y cierran negocios, o nos parece perder el tiempo y la impaciencia nos invade. Ojalá que aprendamos a volver a los caminos de la niñez, y nos tomemos la vida un poco menos en serio, y aprendamos a vivir jugando, disfrutando, compartiendo.